

Paul Krugman. *De vuelta a la economía de la Gran Depresión.* Editorial Norma. Buenos Aires, 1999, 256 páginas.

Krugman es un economista norteamericano de gran prestigio académico a nivel mundial. En la última década nos ha acostumbrado al cuestionamiento de muchos prejuicios existentes en el mundo económico.

Sin duda, su escrito de divulgación científica más audaz lo constituye su último libro *De vuelta a la economía de la Gran Depresión* (de reciente edición en nuestro país). En este ensayo, publicado al calor de los últimos hechos de la crisis económica mundial, pone en tela de juicio los teóricos beneficios derivados del funcionamiento, bajo cualquier circunstancia, del libre mercado y, también, las prescripciones ortodoxas de política económica. Aún más, se convierte en el crítico más agudo del capitalismo global al atacar frontalmente y atribuir una parte importante de la responsabilidad de la crisis mundial presente al libre movimiento de capitales.

Nos propone, como lo viene haciendo en sus artículos periodísticos de divulgación, una violenta vuelta a John Maynard Keynes.

Tal vez, la gran pregunta que Krugman trata de responder en este ensayo es por qué, en el mundo, frente a las recesiones los gobiernos no hacen lo que sería lógico hacer siguiendo lo que él llama "el acuerdo keynesiano".

A partir de la posguerra, se selló un pacto implícito entre los economistas y la gente, que aseguraba la compatibilidad entre los mercados libres y el pleno empleo recurriendo cuando fuese necesario a intervenciones macroeconómicas, haciendo uso de las políticas de demanda (monetarias y fiscales).

Para explicar el tema que nos ocupa -las recesiones- el economista del MIT nos remite a una pequeña historia muy didáctica aparecida en un artículo de dos economistas, Joan y Richard Sweeney, titulado "Teoría monetaria y la gran crisis de la cooperativa de niñeras" (1978). Muy brevemente, en una comunidad universitaria las parejas forman una cooperativa para el cuidado de los niños, realizando entre sus miembros una emisión de cupones, que utilizaban cuando sus hijos eran cuidados e incrementaban cuando cuidaban los niños de terceros. El problema aparece porque "llegó un momento en que había relativamente pocos cupones en circulación, de hecho, muy pocos para atender las necesidades de la cooperati-

va...*En resumen, la cooperativa entró en una recesión*" (p. 33). Sorprendentemente para algunos, la cooperativa solucionó su problema, simplemente, imprimiendo más cupones.

De esta historia se pueden desprender una serie de lecciones. La primera es que las recesiones tienen poca o ninguna relación con los principios fundamentales de la economía, *"cosas malas le pueden suceder a economías buenas"*. Realizando un paralelismo con lo que se dice sobre la crisis asiática, afirma que la cooperativa no entró en recesión *"porque estuviera escasa de valores de Capitol Hill o por clientelismo o que no se hubiera ajustado al igual que sus competidores a los cambios en la tecnología del cuidado de niños. El problema no tenía que ver con la habilidad de la cooperativa para producir, sino simplemente con una escasez de demanda efectiva"*. La segunda enseñanza es que *"las recesiones se pueden combatir simplemente imprimiendo dinero, y algunas veces (normalmente) se pueden curar con una facilidad sorprendente"* (p. 35).

Lo que quedó claro después de Keynes es que muchos motivos pueden llevar a una economía a una recesión (a la caída del nivel de actividad y al aumento del desempleo), pero la salida necesariamente pasa por incrementar el gasto agregado doméstico. Esto es posible de hacer de forma directa mediante un incremento del gasto del sector público o, indirectamente, con la disminución de los impuestos o de la tasa de interés para lograr el repunte del consumo y la inversión.

Sin embargo, hoy, los gobiernos, en especial los de los países del denominado Tercer Mundo, se encuentran rehenes de la "lógica" del mercado o, mejor dicho, de "las percepciones, los caprichos y prejuicios del mercado." En efecto, mientras lo aconsejable, frente a una recesión, sería realizar políticas keynesianas expansivas, los organismos internacionales recomiendan subir los intereses, reducir el gasto y aumentar los impuestos como fórmula para ganar la confianza de los mercados.

La confianza de los mercados no es otra que las prescripciones de los inversionistas financieros. *"El asunto es que debido a que los ataques especulativos pueden justificarse a sí mismos, el hecho de seguir una política económica que tenga sentido en términos de los principios elementales no es suficiente para asegurar la confianza del mercado. De hecho, la necesidad de ganarse esa confianza puede, en efecto, impedir que un país siga políticas sensatas y obligarlo a adoptar unas que normalmente se considerarían perversas."* (p. 181).

La coyuntura de la economía internacional actual es similar al escenario que planteó la crisis de los '30 por lo que las cuestiones a resolver son del mismo tenor y *"la verdad es que la antigua macroeconomía de la demanda tiene mucho que ofrecer en nuestros apuros actuales, pero a sus defensores les falta convicción mientras que sus críticos son intensamente apasionados"* (p. 240).

Lo cierto es que hace unas décadas que el mundo académico decidió enterrar la economía de la demanda, que postuló lord Keynes en los años '30 para salir de la depresión por la que atravesaban los países desarrollados, y dedicarle recursos a la problemática vinculada al crecimiento de largo plazo, el desarrollo tecnológico, a la denominada "economía de la oferta."

A principios de los años '60, Milton Friedman y los monetaristas de Chicago comienzan una tarea que será perfeccionada, a principios de la década siguiente, por economistas como Robert Lucas, Thomas Sargent y Neil Wallace de la escuela de las expectativas racionales. Estos economistas, en medio del surgimiento de la estanflación (recesión con inflación) de los años '70, desacreditan teóricamente las prescripciones keynesianas. La conclusión de estos economistas era simple: el nivel de desempleo está determinado por las condiciones de la oferta de la economía (la capacidad productiva instalada) y, por ende, las políticas del lado de la demanda (fiscal y monetaria) nada pueden hacer para modificar el nivel de ocupación, sólo afectan al nivel de precios (inflación).

Los economistas de las expectativas racionales plantean que las políticas son ineficaces, porque los gobiernos no pueden sorprender, "engañar", sistemáticamente a los agentes económicos con las políticas y, al anticiparlos, los privados evitan los efectos de las políticas sobre la economía. Por ejemplo, si el gobierno decide hacer una política expansiva de recorte de impuestos, financiando el déficit con emisión de deuda, los privados no consumen en función del mayor ingreso disponible corriente sino que lo hacen en función del ingreso permanente. Es decir, ahorran una parte del ingreso para afrontar al incremento de los impuestos, que descuentan que realizará el gobierno en el futuro para hacer frente al pago de los servicios y el monto de la deuda contraída. Por ende, como la políticas activas no tienen efecto, el gobierno no debe hacer nada. Obviamente, esto constituye la justificación más perfecta del libre mercado y de la necesidad de flexibilizar los mercados para que puedan ajustar perfectamente.

No sólo sobre las posibles líneas de solución de la depresión se pregunta Krugman, también sobre sus causas. En las otras crisis económicas mundiales, las que siguieron a la crisis energética de 1973 (guerra de Yom Kippur) y a la de 1979 (revolución iraní) que golpearon a los países desarrollados y la crisis de la deuda de 1982 que afectó a Latinoamérica, era posible identificar las causas importantes que las produjeron. Lo atípico de las actuales crisis que están padeciendo siete economías que son responsables de la generación de cerca de un cuarto de la producción mundial y en la que habitan cerca de 700 millones de personas, es que *"el daño ocasionado parecía enormemente desproporcionado con respecto a la causa"*. No sólo esto, *"la clase de problemas económicos que el mundo ha padecido recientemente es justamente la clase de problemas que supuestamente habíamos aprendido a prevenir... De repente, parece como si todo lo viejo fuera otra vez nuevo"* (pp. 11 y 12).

Sobre las causas de la crisis que se disparó en el Sudeste asiático en julio de 1997,

"la única respuesta que tiene sentido, al menos para mí, es que la crisis no era (principalmente) un castigo por los pecados. Había fallas verdaderas en estas economías, pero la falla principal era la vulnerabilidad al pánico que se alimentaba a sí misma. Regresemos a las corridas bancarias: en 1931 cerca de la mitad de los bancos de Estados Unidos fallaron. Estos bancos no

eran todos iguales. Algunos estaban muy mal administrados; algunos tomaron demasiados riesgos, incluso dado lo que sabían antes de 1929; otros estaban razonablemente bien, incluso administrados en forma conservadora. Pero cuando el pánico se extendió por el país y los depositantes en todas partes quisieron su dinero de inmediato, nada importó: sólo sobrevivieron los bancos que habían sido extremadamente conservadores y que habían guardado en efectivo lo que en tiempos normales sería una proporción excesiva de sus depósitos". (p. 161).

Ciertamente, hay dos visiones acerca de la crisis asiática. La primera atribuye el desencadenamiento de la misma a factores de orden subjetivo o psicológico: a la pérdida de confianza o al "pánico" en que habría entrado el mercado. Para la segunda visión, los malos fundamentos de las economías del sudeste asiático fueron determinantes en el desencadenamiento de la crisis, en especial la fragilidad financiera de las economías de la región y el debilitamiento de su situación externa.

En la visión "subjetiva" de la crisis se argumenta que los indicadores de las economías del Sudeste asiático no mostraban ninguna debilidad que justificara las fugas de capitales que experimentaron. Un disturbio en Tailandia derivó en un pesimismo en toda la región por la conducta irracional de los agentes. Este hecho y las malas políticas recomendadas por el FMI incrementaron el riesgo de las inversiones en la región, motivando la salida de capitales.

La conducta irracional que se atribuye a los agentes es el comportamiento de manada. El argumento es el siguiente: el incremento de las oportunidades de inversión hace que los agentes trabajen con menor información sobre los destinos de la misma. Al no contar con información propia son proclives a imitar la conducta de los otros agentes, quizá por sospechar que éstos poseen mayor información acerca de cada mercado. De ser éste el caso, un número crítico de inversores o un inversor lo suficientemente grande puede desencadenar una fuga masiva de capitales. Otra posibilidad es que los inversores no realicen distinciones intrarregionales. Es decir, que adjudiquen características de un país a toda la región.

Al preguntarse sobre los mecanismos de transmisión de la crisis de una economía a otra, el tema del "contagio", el economista del MIT adhiere a esta tesis. Hablando sobre la repercusión de la crisis rusa sobre Brasil, afirma que, más allá de la transmisión a partir de la esfera financiera, *"la principal fuente de contagio parece haber sido que los inversionistas de repente vieron algún parecido entre los dos países, principalmente porque Brasil también tenía un enorme déficit presupuestario"*. (p. 228). Sin embargo, en este punto, se señala el error de considerar como elevado el déficit fiscal brasileño, dado que el mismo está abultado por los elevados intereses y la caída de la recaudación producto de la recesión; en tanto, Rusia sí tiene un problema fiscal estructural por los graves problemas que afronta para recaudar.

Vale la pena señalar que el denominado efecto Tequila afectó a la economía argentina a partir de la percepción de los inversores internacionales que Argentina

era igual a México y, por ende, la subsecuente salida de capitales por temor a una inevitable modificación de la paridad cambiaria.

La lectura que hizo el propio presidente mexicano, Ernesto Zedillo, sobre la crisis que desembocó en la devaluación del peso mexicano en diciembre de 1994, al anunciar el programa económico, el 3 de enero de 1995, es muy reveladora sobre las características de la misma.

"a) La demanda de dólares era mucho más grande que la oferta y dado el uso de reservas internacionales que a lo largo de 1994 hubo de efectuar dicha institución para mantener la política cambiaria, se llegó a un punto en el que ya no fue prudente cubrir la diferencia con sus propias reservas. Sostener entonces el tipo de cambio habría conducido a ulteriores pérdidas de reservas internacionales, reduciendo aún más el margen de maniobra disponible para hacer frente a la nueva situación. El excedente de demanda de divisas se tradujo en una significativa y abrupta devaluación del peso. b) Durante varios años nuestras importaciones han sido mayores a nuestras exportaciones. Esta diferencia constituyó el déficit en cuenta corriente que, como proporción del PBI, representó el 8% en 1994. c) Desequilibrios de este orden se han observado durante varias etapas en países con economías exitosas. En estos países, ello no ha causado inquietud en los mercados porque los flujos de capital se han dado en forma de inversión extranjera directa o de créditos a largo plazo. Sin embargo, en México una proporción elevada de esos flujos se dio mediante la inversión en instrumentos financieros de corto plazo".

Luego, este *Acuerdo de Unidad para superar la emergencia económica* hace referencia a la suba de tasas de interés internacional que se verificó en Estados Unidos en 1994 para rematar aseverando que :

"g) En las condiciones previsibles para el futuro, el déficit en cuenta corriente no podrá exceder de los financiamientos que en las nuevas circunstancias sean obtenibles, los cuales serán de monto menor que los de años recientes. h) Por la razón anterior, la reducción del déficit en cuenta corriente es inevitable".

El Tequila se trató de una crisis del sector externo donde el tipo de cambio se ajustó debido a un desequilibrio de divisas que se consideró insostenible. Se optó por no seguir una política de sostenimiento del tipo de cambio a partir de elevar la tasa de interés, por las consecuencias sobre el nivel de actividad. Optaron por

"devaluar el peso, reducir su valor en términos del dólar, con la esperanza de que esto tuviera el mismo efecto que en Gran Bretaña 16 meses antes. Esto es, una devaluación podía, en el mejor de los escenarios, no sólo hacer que las exportaciones mexicanas fueran más competitivas sino convencer

también a los inversionistas extranjeros de que los activos mexicanos tenían un buen valor y, por lo tanto, permitiría que los intereses cayeran" (p. 93).

Pero Krugman nos da la clave cuando habla sobre la crisis brasileña, "tal como dijera un funcionario de Estados Unidos: *"Para los países en desarrollo no hay devaluaciones pequeñas"* (p. 180).

De vuelta... constituye una verdadera herejía para el saber económico establecido de la profesión.

Contrariamente a la mayoría de sus colegas, a Krugman no le falta audacia. Por ejemplo, no duda en recomendarle a Japón practicar una política monetaria expansiva con efectos inflacionarios para desvalorizar al yen y lograr mejorar la capacidad competitiva de la economía o a Malasia recurrir a una práctica de la época de la escasez de divisas, el control de cambios, para imponer restricciones a la salida de capitales.

Tampoco duda en recomendar a la Argentina (*"un país que tiene un alto desempleo debido a una demanda insuficiente, y que nada puede hacer para aumentarla pues teme una fuga de capitales"*) un incremento de aranceles para combatir el desempleo *"y negarlo no sería intelectualmente honesto"* (p. 243).

Detenemos en este punto es importante porque, obviamente, hay muchos que en nuestro país recomiendan no hacer nada para mejorar el tipo de cambio real. Si no se toman medidas que permitan corregir la distorsión que implica el tipo de cambio real bajo -actuando a modo de subsidio a las importaciones y gravamen a las exportaciones-, muchos productores nacionales seguirán siendo desplazados del mercado local por el ingreso de mercadería importada.

En un mercado interno en expansión, en el que la demanda -financiada por el ingreso de capitales y la reaparición del crédito para consumo- superaba a la oferta local, el subsidio a las importaciones no cobraba la gravedad esperable en un escenario recesivo. En un contexto de caída de demanda -y consecuente agudización de lucha por el mercado- unida a la creciente dificultad de exportar, poner a la oferta local en desventaja competitiva -permitiendo que sea desplazada por la importada- implica profundizar la contracción de los productores locales. De este modo, se adiciona a la caída de las ventas, producto del menor ingreso, las atribuibles a este efecto sustitución.

El exceso de oferta en el mercado de trabajo, resultante de los nuevos desocupados, generará una presión bajista sobre los salarios reales. El nuevo equilibrio se dará a un menor nivel de ocupación y de producción local, y con una profundización de la recesión.

Una medida que permitiría minimizar los costos recesivos producidos por la "desleal" competencia importada es el incremento defensivo y selectivo de aranceles sobre productos terminados. Esta política no redundaría en una reducción de las exportaciones, si no se aumentan los aranceles de los insumos y/o es acompañada por otras de reembolsos y apoyos a la exportación.

Por lo tanto, la conjunción de medidas como las citadas permitiría elevar los tipos de cambio efectivos para importaciones y exportaciones, compensando la

continua apreciación del tipo real de cambio que se viene produciendo y mantener la neutralidad de la política económica, evitando introducir un sesgo anti-exportador.

Un aumento de aranceles como el descripto tampoco implica la caída del salario real. La protección tiene dos efectos sobre el ingreso de los asalariados. El primero de ellos se da a través del aumento de algunos de los precios debido al incremento de aranceles, en una proporción que depende de la elasticidad del precio de la demanda. El otro efecto, señalado arriba, es el que se produce vía nivel de ocupación por la determinación del salario nominal en el mercado de trabajo. El resultado neto sobre el salario real depende de la intensidad de estos efectos y, en una depresión como la que actualmente atraviesa nuestra economía es obvio que ejerce una incidencia muy importante el nivel de desocupación sobre el salario nominal.

La protección no es una simple redistribución de ingresos desde los consumidores hacia los productores locales de los bienes beneficiados -capitalistas y asalariados-. Como no se trata de un juego de suma cero, para hacer una correcta evaluación de los costos y beneficios de las distintas alternativas, habría que contrastar la redistribución mencionada con la transferencia de ingresos que, de no mediar protección, ocurriría desde los productores domésticos -que son también consumidores- hacia los externos, por la pérdida del mercado a manos de estos últimos.

Finalmente, es necesario señalar que del relato que realiza de la crisis económica internacional obtiene algunas fuertes conclusiones. En una clara advertencia a los Estados Unidos y Europa, nos señala que ninguna economía se encuentra a salvo de la epidemia económica recesiva, en palabras de Krugman, "*es fácil contar historias de cómo todo puede volverse japonés*" (p. 235).

Sólo resta comentarles que lo volcado en estas líneas es sólo un pálido reflejo de la potencia de las palabras que este economista audaz vuelca en un libro que seguramente se constituirá en una referencia obligada de la literatura económica de divulgación.

Federico Poli

Zygmunt Bauman. *La globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999, 169 páginas.

La globalización se define dialécticamente a través de una articulación semántica con su correspondiente alteridad, la localización. Obviamente, los mercados que hasta no hace muchos años se denominaban internacionales, se han convertido en estamentos de irradiación descentralizados, cuyas movilidades económicas traspasan e ignoran, en general, cualquier tipo de reglamentación "nacional". La polarización de lo global, y consecuentemente el despliegue mediático de los va-

lores que determinan la exclusión/inclusión social del sistema, implica, en su constitución y proyección, la extraterritorialidad, es decir una emancipación ineludible de "las restricciones locales". Ahora bien, las posibilidades de "ser local" dentro de las reglas de la globalización son nulas. Debido a que los espacios públicos, comunitarios, se privatizan aceleradamente, o en palabras del *marketing*, se globalizan, los "locales" pierden su poder de negociación empírica y simbólica con los "globalizados". A grandes rasgos, a partir de estas consideraciones y con tono vehemente, Zygmunt Bauman aborda en este libro una descripción analítica de las consecuencias sociales –humanas– que la globalización acarrea con una indiferencia inusitada en la historia, en los "locales" del Primer Mundo, sectores mayoritarios de Occidente. Lo local situado en el Primer Mundo es su objeto de análisis, referencia del quiebre inmediato que apunta a poner en duda las expectativas mundiales de los países que comandan e imponen la globalización.

Dentro de este contexto, Bauman se detiene no sólo en las diversas vertientes del pensamiento posmodernista –adeptos y combativos radicales–, sino también en los postulados que orientan las declaraciones de líderes políticos, periodistas y tecnólogos empresariales –¿los nuevos intelectuales?–, para entrar en el campo de observación de los efectos que produce la globalización en las comunidades locales. La libertad de la movilidad económica –y su extensión: la libertad de consumo–, juntamente con su proyección en la igualdad provista en la competencia de mercado, son ilusiones de una clase social, capitalista, que se define por un poder adquisitivo que se torna efímero y por momentos invisible. Es decir, a la cultura globalizada sólo tienen acceso quienes poseen el capital. Pero la descripción de este enunciado requiere de una observación del proceso de aprehensión social e histórica del espacio y del tiempo. La concepción del espacio siempre ha sido una medida, social y culturalmente, perceptible a través de la distancia. Las comunicaciones, y por ende el conocimiento, de diversos territorios se estructuraron sobre la base de la distancia que media entre ellos. En tanto que el hombre, o una comunidad, delimitan su territorio de interacción de acuerdo con las posibilidades concretas de comunicarse accesiblemente con sus fronteras –así como también las de otras comunidades–, el espacio, entonces, es una concepción implicada en el tiempo: se mide el territorio en tiempo recorrido, y por ende, en posibilidades de establecimiento de una comunicación fluida (éste podría constituirse en uno de los aspectos fundamentales de las articulaciones culturales de una comunidad, e incluso de la construcción de las naciones). En la era de la globalización informática, del desquicio de las naciones, de la "descentralización" económica, entre otras caracterizaciones, esta vivencia del espacio ha desaparecido. La "Gran Guerra de Independencia del Espacio", como define Bauman a este proceso, implica una ruptura en el orden social que tiene consecuencias salvajes en aquellas comunidades que han sido marginadas de la globalización. La velocidad de las comunicaciones –Bauman retoma la tesis de Virilio– ha aniquilado al espacio, no sólo en su carácter socio-cultural sino también, y principalmente, económico. Se pueden hacer transacciones comerciales en pocos segundos, sin tener en cuenta

legislaciones locales, y además, sin costo ninguno: una empresa puede afincarse en un espacio determinado, pero jamás se localiza, ya que opera suspendida en el aire –de las comunicaciones–, lo que implica un descompromiso total con la comunidad local que le *sirve* trabajadores y servicios varios.

El libro comienza precisamente con dichos planteos. Bauman cita a un *dépeceur* –“despedazador”– para observar las “consecuencias humanas” de la globalización: “*La empresa pertenece a las personas que invierten en ella: no a sus empleados, sus proveedores ni la localidad donde está situada*”. Cuando esta empresa se retira de la localidad en la que se ha asentado transitoriamente, y con la cual no tiene ningún compromiso salvo el de pagar impuestos, quedan los “despojos”, los efectos de la dialéctica perversa de lo global/local.

“En principio, no hay determinación espacial en la dispersión de los accionistas; son el único factor auténticamente libre de ella. La empresa pertenece a ellos y sólo a ellos. Por consiguiente, les compete trasladarla allí donde descubren o anticipan la posibilidad de mejorar dividendos, y dejar a los demás –que están atados a la localidad– las tareas de lamer las heridas, reparar los daños y ocuparse de los desechos. La empresa tiene libertad para trasladarse; las consecuencias no pueden sino permanecer en el lugar. Quien tenga libertad para escapar de la localidad, la tiene para huir de las consecuencias. Éste es el botín más importante de la victoriosa guerra por el espacio.”

Zygmunt Bauman ya había planteado, en términos semejantes, este problema en su libro *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales* (publicado por la Universidad Nacional de Quilmes en 1997), pero a partir de un análisis específico del papel de los intelectuales en la configuración del mundo posmoderno. La dialéctica entre pobres y ricos que estructuraba nuevas categorías sociológicas en ese libro, se transfieren a *La globalización. Consecuencias humanas*, en la relación global-riqueza / local-marginados. Al haberse fracturado la dialéctica del trabajador con el capital producido, creando “nuevos pobres” categorizados como “marginados”, el capitalismo se convierte en una fuerza antidemocrática que no “opreme” sino que “seduce”, que no construye un trabajo sino un consumo (“Habermas diría que los nuevos pobres no son una fuerza revolucionaria porque no son explotados”). Los “nuevos pobres” no son consumidores, no forman parte de la “sociedad de consumo”, y por momentos pueden llegar a protagonizar algunas revueltas molestas; pero nunca una revolución, son producto del mercado de consumo, es decir, se constituyen en la consecuencia de un sistema que pone al consumidor como una clase diferente que dicta las pautas ejemplares del buen ciudadano en tanto aspiración realista. La perversidad no sólo está en su operatividad, sino, principalmente, en su génesis: la sociedad de consumo

“no puede reproducirse sin reproducir las desigualdades en una escala siempre creciente, y sin insistir en que todos los ‘problemas sociales’ deben tra-

ducirse en necesidades individuales susceptibles de satisfacerse a través del consumo individual de mercancías comercializables; al hacerlo, genera diariamente sus propios discapacitados, cuyas necesidades no puede cubrir el mercado y que por lo tanto socavan la condición misma de su reproducción. De una manera verdaderamente dialéctica, la sociedad de consumo no puede curar los males que genera excepto si los lleva con ella a su propia tumba". (*Legisladores e intérpretes*, p. 263).

A partir de estas observaciones, Bauman traduce esta misma lógica al análisis de la dialéctica de lo global/local en *La globalización*. La globalización, que semánticamente connota una homogeneización de la "condición humana", tiende a polarizarla. Al legislarse valores (bien/mal, correcto/incorrecto, belleza/fealdad, utilidad/inutilidad) desde un centro suspendido en el espacio, invisible e indomiciliado, las respuestas locales a esa imposición legislativa se tornan imposibles. "No hay lugar para los 'líderes de opinión locales', ni siquiera para la 'opinión local' como tal". Entonces, como tal homogeneización conlleva en su operatividad la exclusión social, implica que lo local (aunque enmudecido e inerte) se mantenga incólume precisamente porque se constituye en lo marginal—"nuevo pobre", es decir, en el "discapacitado" que llevará "a su propia tumba".

Las tesis de Bauman se reconocen dentro de esta tendencia "radical" en los estudios sociológicos. La coherencia de su sistema de interpretación recorre toda su obra, particularmente en las observaciones sobre el mundo contemporáneo a través de los fenómenos de la posmodernidad, los medios de comunicación en relación con la sociedad de consumo y la globalización. Desde *Pensando sociológicamente* hasta los libros ya mencionados, puede corroborarse una posición crítica y combativa de las consecuencias previstas de este proceso de globalización, que, reconociendo algunas distancias en los objetos y el *corpus* de análisis, se constituyen en trabajos indispensables para la sociología actual.

Pablo Heredia

Gopal Balakrishnan (ed.) *Mapping the Nation*, Londres, New Left Review, 1997, 329 páginas.

Conceptos como nacionalismo, etnicidad, conflicto racial, minorías nacionales y multiculturalismo, han cobrado renovada vigencia en los últimos años, luego de un período de aparente pérdida de interés por parte de los estudiosos de los temas sociales, políticos y de relaciones internacionales. La desintegración de la Unión Soviética y de Yugoslavia a comienzos de la década de los noventa ha dado lugar al resurgimiento de tendencias nacionalistas, xenófobas y hasta racistas en un grado insospechado hace pocos años atrás en el mundo europeo. Pero también en otras regiones y continentes del planeta han vuelto por sus fueros problemáti-

cas “nacionales”, de lucha interétnica, de desplazamientos coercitivos de pueblos enteros.

De esta forma se vuelven a poner sobre el tapete cuestiones como el origen y funciones de las identidades ideológicas, culturales o políticas, sus vinculaciones con el estado, su legitimación y las lealtades que despiertan. Los historiadores, analistas y teóricos de la ciencia política o de las relaciones internacionales han tenido que considerar como actores no sólo a los estados, sino también a “naciones” y grupos étnicos minoritarios. Esto de alguna manera superaba los supuestos teóricos de las escuelas “realista” y “neorrealista” de las relaciones internacionales, que veían al mundo como estrictamente conformado por estados en conflicto, ya sea vinculados al poder o a objetivos más amplios.¹

Los estados efectivamente existentes no son, con frecuencia, estados-nación genuinos. No siempre coincide dentro de los límites territoriales de determinado estado soberano una población de un único origen nacional. Por un lado, son comunes los estados multinacionales, por otro, muchas naciones se encuentran divididas en diversos estados. De forma que el viejo principio mazziniano de garantizar un estado propio a cada “nación” no se cumple en la realidad histórica.

Tanto los conceptos de estado como de nación son problemáticos, lo que no significa que sean inútiles. Existen elementos de identificación y lealtad con uno y otro por parte de los individuos. Existen componentes coercitivos, pero también voluntarios. Estos últimos dependen de los costos y beneficios que obtengan los individuos en cuestión por aceptar “pertenecer” a estas asociaciones particulares.

Los desafíos que sufren actualmente los estados provienen en buena parte de la evolución reciente del sistema económico y político global. Se ha ingresado a partir de la disolución de la URSS en una situación de turbulencia e inestabilidad. El mundo bipolar de la segunda posguerra se basaba en un respeto mínimo de determinadas esferas de influencia por cada uno de los dos oponentes, y en un apoyo bastante explícito tanto por parte de los EE.UU. como de la URSS del *status quo*. Por otro lado, los cambios en las tendencias económicas y tecnológicas que dan origen al término globalización –mayores flujos comerciales y financieros internacionales, así como de información y comunicaciones– superan en muchos casos las capacidades de control de los gobiernos.

El debilitamiento del poder coercitivo de determinados estados y la menor capacidad de éstos para satisfacer las necesidades de las poblaciones sometidas a sus órbitas de influencia conducen al surgimiento de grupos alternativos –de alguna subregión o externos– que intentan favorecer a sus intereses fomentando sentimientos nacionalistas legitimadores de sus reivindicaciones y reclamando distintos grados de autonomía. Este reclamo de autonomía puede limitarse a determinadas garantías de autogestión de recursos económicos y respeto a las características culturales propias –lengua, religión– o alcanzar el grado máximo de su planteamiento, la del establecimiento de un estado propio.

1. Ferguson, Yale H. *Ethnicity, Nationalism and Global Politics: Continuity Change*. Paper preparado para la Comisión de Historia de las Relaciones Internacionales del 18º Congreso Internacional de Ciencias Históricas, Montreal (agosto/setiembre 1995).

Recientemente –1996– ha sido publicado por Verso-New Left Review un conjunto de artículos de diversos autores, algunos de la segunda mitad del siglo pasado y de comienzo de este siglo, así como otros actuales, sobre la problemática del nacionalismo. La antología es introducida por Benedict Anderson y abarca trece aproximaciones al tema, desde ángulos y visiones muy diferentes.

El primer ensayo incluido en la compilación –*Nationality*– uno de los primeros análisis modernos del problema nacional y del nacionalismo es el de lord Acton, profesor de historia en Oxford en la segunda mitad del siglo XIX, que presenta una visión conservadora del mismo. Debate con la afirmación de John Stuart Mill en su libro *Consideraciones sobre el gobierno representativo* que “en general, es un condición necesaria de las instituciones libres, que las fronteras de los gobiernos coincidan en lo posible con las de las nacionalidades.” Según Acton este planteo es un resabio pernicioso de la revolución francesa, con el peligro consiguiente de tender a políticas revolucionarias, absolutistas, basadas en una concepción monista, abstracta y especulativa, y destructiva de un gobierno equilibrado y limitado, así como de las bases pluralistas de la verdadera libertad. En su opinión, “los estados más perfectos son aquellos que, como el británico o el austríaco, incluyen varias nacionalidades distintas sin oprimirlas.” De esta manera, “las razas inferiores son elevadas al vivir en unión política con razas intelectualmente superiores” y “naciones exhaustas y en decadencia son revividas por el contacto con la joven vitalidad.”

El segundo autor presente en la antología es Otto Bauer, dirigente de la socialdemocracia austríaca, cuya obra *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, fue escrita poco antes de la primera guerra mundial. Su primer capítulo, *The Nation*, sostiene la posibilidad de compatibilizar el nacionalismo con el socialismo. Propone entonces como superación del multiétnico imperio austro-húngaro un estado supranacional, los Estados Unidos Socialistas de la Gran Austria. Enfatiza el origen racial mixto de la mayoría de los pueblos europeos, y considera –como lo hará después Gellner– que la nacionalidad es un producto histórico de la transformación de las sociedades agrarias en industriales. Piensa que el capitalismo homogeneiza el contenido cultural material de diversas culturas nacionales, ya que luego que una innovación es desarrollada en una de ellas, los avances técnicos son rápidamente apropiados por otros países. Pero sin embargo, según Bauer, persiste una diferenciación en la mentalidad de cada nación, en el carácter de los individuos de la misma, en gran parte pero no únicamente marcada por la lengua. En la sociedad capitalista todavía existen elementos culturales diferenciadores dentro de cada nación, en función de la división existente entre las condiciones de vida de las distintas clases sociales. Sólo una sociedad socialista sería capaz de unificar y desarrollar realmente a su máxima expresión a cada cultura nacional, por encima de los privilegios educacionales de las viejas clases dominantes.

También se incluye un ensayo, *The Coming of Nationalism and its Interpretation. The Myths of Nation and Class*, de Ernest Gellner,² que a mediados de los

2. Véase de este autor *Naciones y nacionalismo*, Alianza Editorial, México, 1991.

sesenta elaboró su teoría que el nacionalismo era –ni más ni menos– la respuesta funcional y necesaria a la transformación de las sociedades agrarias en industriales, mediante la difusión de una “alta cultura” a través de las instituciones educativas normadas y financiadas por el estado, con el fin de preparar a la población para participar en una sociedad donde predominan la división del trabajo, el mercado y la movilidad social.

Asimismo se incorporó un artículo *From National Movement to the Fully formed Nation: The Nation-building Process in Europe* de otro checo, Miroslav Hroch,³ profesor de la Universidad de Praga, que simultáneamente planteaba su concepción acerca del proceso de construcción de naciones en Europa, contrapuesta a la de Gellner en el sentido de destacar las raíces antropológicas reales de cada nación, su base social y económica particular y la –en su opinión– débil vinculación entre el auge del nacionalismo y la industrialización.

También se encuentra presente un análisis de Anthony Smith,⁴ que a comienzos de los años setenta, cuando se produce un inesperado revivir de nacionalismos en Europa Occidental –Irlanda, País Vasco, Cataluña, Bélgica– enfatiza los orígenes pre-modernos –étnicos, culturales, medievales– de las naciones. Aunque reconoce el carácter moderno del fenómeno nacionalista –a partir del siglo XVIII europeo– considera que sin las raíces previas no es posible abarcar la complejidad del fenómeno.

Estas dos concepciones –que podrían ser calificadas como funcionalistas, en el caso de Gellner, y continuista, en el de Smith– son criticadas en la década de los ochenta por varios autores, que tratan de lograr, de alguna manera, una síntesis superadora. Uno de ellos es John Breuilly, que considera en su ensayo *Approaches to Nationalism* que tanto el enfoque primordialista como el funcionalista tienen serias falencias. En el primer caso, Breuilly establece que aunque los intelectuales y políticos nacionalistas apelan a mitos y símbolos heredados del pasado pre-moderno, la correlación entre la importancia “objetiva” de esos mitos y símbolos y el éxito de los mismos como forjadores de la “identidad nacional” no es clara. De hecho, en muchos casos los mitos han sido inventados y no tienen vinculación alguna con los hechos históricos. En el caso de las interpretaciones funcionalistas, la crítica de Breuilly es que la explicación dada por las mismas es útil para responder interrogantes acerca del “cómo” actúa el nacionalismo en las sociedades modernas, pero no acerca del “porqué,” es decir las formas en que esta relación social ha aparecido. Finalmente, Breuilly también critica un enfoque “narrativo” del surgimiento del nacionalismo, ya que el mismo presupone lo que debería ser explicado y no expone la contingencia de los resultados históricos finalmente alcanzados. De manera que Breuilly enfatiza la necesidad de una concepción teórica que dé cuenta del fenómeno histórico analizado, que según él abarca tres niveles: el nacionalismo como doctrina, como fenómeno político y co-

3. Véase de este autor *Social Conditions of National Revival in Europe. A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

4. *Nationalism and the historians*.

mo sentimiento compartido por amplios sectores de la población. Miroslav Hroch y Benedict Anderson –autor de *Comunidades imaginadas*, de 1983– estarían entre quienes han profundizado el primer nivel, el de la conformación de las élites que producirán y extenderán las ideas nacionalistas en determinada población. Ernest Gellner es uno de los que focalizan sobre las transformaciones sociales que conducen a la producción y recepción de los sentimientos nacionalistas en amplios sectores, y el propio Breuilly se ubica entre los que se interesan principalmente sobre las transformaciones en la naturaleza del poder político que conducen a la implementación de políticas nacionalistas.

Como consecuencia del proceso de descolonización en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial y de las luchas por la liberación nacional de diversos pueblos que sufrieron la dominación “occidental,” han aparecido distintos autores preocupados por las características particulares de los procesos de construcción nacional en estos casos. Podemos contar entre ellos a Gopal Balakrishnan⁵ y Partha Chatterjee,⁶ también presentes en esta obra.

Asimismo, no era posible olvidar a Tom Nairn, que desde una óptica marxista pero simultáneamente nacionalista escocesa, critica los llamados “estados multinacionales integrados” como la Gran Bretaña, la Gran Alemania de la primera mitad del siglo XX, la ex-Unión Soviética, China, la India y los Estados Unidos, que han causado las mayores destrucciones humanas de la historia. Propone la multiplicación de soberanías, pasando por encima del principio sacrosanto de inviolabilidad de las fronteras existentes, ya que aunque éstas a veces han protegido a los débiles frente a la brutalidad de los fuertes, muchas veces han significado también el congelamiento de situaciones de dominación y sometimiento de los débiles por los fuertes.⁷

Eric Hobsbawm, autor que ha trabajado abundantemente desde una visión marxista más tradicional el tema del nacionalismo, enfatiza en *Ethnicity and nationalism in Europe today*⁸ el carácter del programa político definido por este vocablo, en el sentido de postular el reclamo de la formación de un estado territorial, en lo posible continuo, por parte de grupos humanos llamados “naciones.” Estos grupos pueden ser definidos en términos étnico-lingüísticos, pero no obligatoriamente esto debe ser así, y de hecho la tradición revolucionaria democrática y liberal decimonónica no planteaba como criterio esencial de pertenencia a la nación la identidad racial, lingüística o religiosa.⁹ Tampoco muchos modernos movimientos de liberación nacional del denominado Tercer Mundo suelen enfatizar las identidades regionales o “tribuales” al intentar construir un nuevo estado a partir de la descolonización. En cambio, la etnicidad es un concepto originalmente no político sino sociológico, que define un origen cultural –lengua, religión,

5. *The National Imagination.*

6. *Whose Imagined Community?*

7. *Internationalism and the second coming.*

8. Al igual que en su obra más conocida *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Editorial Crítica, Barcelona, 1992.

9. Véase Hobsbawm, *Naciones...*, pp. 23-53.

raza, costumbres— común de determinada población y que no tiene porqué mezclarse con la reivindicación política de un estado soberano propio. Pero ante una situación de escasez de recursos disponibles para grupos de población de origen étnico diferente, la competencia por los mismos puede incrementar las tensiones entre ellos. Además, en un momento de crisis y desintegración social, la comunidad étnica es una identidad sobre la cual recaer. Es este último aspecto, juntamente con la defensa del puesto de trabajo, de la plaza disponible en la escuela o en el hospital, contra el “otro”, lo que fortalece la tendencia a la discriminación xenófoba.

Finalmente, los acontecimientos posteriores a la caída del Muro de Berlín en 1989 han obligado a muchos autores a replantear sus análisis del fenómeno del nacionalismo. El derrumbe de la URSS liquidó un país que no se había planteado a sí mismo como un estado-nación —ni era visto así por muchos de sus enemigos—, sino como un estado que representaba un proyecto internacional, el socialismo, y que reconocía a sus pueblos el derecho a desarrollar sus culturas propias mientras se subordinaran a este planteo universal.¹⁰ Por supuesto, el denominado derecho a la “autodeterminación de los pueblos”, es decir el derecho a la secesión pacífica, sólo fue autorizado en los mismos albores de la gesta revolucionaria bolchevique, cuando Lenin autoriza en diciembre de 1917¹¹ la independencia de Finlandia. Pero el episodio del derrocamiento de la república menchevique de Georgia¹² en marzo de 1921 —organizada por Stalin y Orjonokidze— fue un claro ejemplo de soviétización forzada y fue denunciado por el propio Lenin como una violación al principio de la autodeterminación de los pueblos por el chauvinismo gran-ruso. A partir de ese momento, en función de los cambios producidos en la dirección del Partido Bolchevique *a posteriori* de la enfermedad de Lenin, la política de la URSS bajo la dirección estaliniana limitó la posibilidad de las nacionalidades no rusas a desarrollar su autonomía política real, aunque si permitió un importante crecimiento en la expresión de las culturas nacionales. Esta posición contradictoria de centralización política —partido único de toda la URSS, Ejército Rojo, diplomacia y relaciones exteriores unificadas— y simultáneo respeto de las lenguas vernáculos, permeó toda la historia de la URSS hasta su disolución. Es aquí que la posición de Tom Nairn, de congratulación con respecto a la pérdida de vigencia de los “grandes batallones”, refiriéndose a los estados multinacionales sobredimensionados, podría asumir determinada racionalidad. Por otro lado, la tragedia de los conflictos nacionales y el trazado de nuevas fronteras sobre la base de la “limpieza étnica” en la antigua Federación Yugo eslava, nos hace dudar acerca de si el ideal “internacionalista” de un techo común no era preferible.

Katherine Verdery, una antropóloga cultural norteamericana, enfatiza el carácter de símbolo o sistema de clasificación social del concepto de nación, que como tal sienta las bases de la autoridad y de la legitimidad. Nacionalismo sería, en es-

10. Véase *Introducción* de Benedict Anderson, p. 5.

11. Véase Carr, E.H., *La Revolución Bolchevique*, tomo 1, p. 306.

12. *Idem*, p. 368.

ta perspectiva, la utilización política de este símbolo a través del discurso y de la actividad política, así como el sentimiento que empuja a los individuos a responder al uso de este símbolo. Como todo símbolo, tiene distintos significados de acuerdo con quien y en qué circunstancias lo utiliza. El mismo, junto con otros que hacen a la formación de la identidad, interviene en la producción del estado moderno a través de una tendencia homogeneizadora de la población que pretende abarcar. Sin embargo, al institucionalizar la noción de comunidad entre algunos individuos, simultáneamente hace visibles a aquellos que no reúnen estas características comunes. Estos últimos pueden ser asimilados, expulsados o eliminados, lo que a veces ha ocurrido con una dosis apreciable de violencia. Finalmente, esta autora destaca algunos elementos de crisis de los estados nacionales actuales, donde por un lado las fronteras nacionales son superadas por los flujos internacionales de capitales, mercancías, comunicaciones, personas y armas, y por otro existe un frenesí de relegitimación de lo nacional –purificación y homogeneización de la población con criterios lingüísticos, religiosos y raciales–.

Silvia Walby plantea en *Woman and Nation* que las categorías de naciones y nacionalismos no pueden ser analizadas al margen de la de género. La formación de la nacionalidad y la ciudadanía suele ser un proceso, no un momento único, en particular en los países centrales de “Occidente”; la concesión del voto a hombres y mujeres no fue simultáneo, y menos aún en EE.UU., donde la extensión legal y luego efectiva a hombres y mujeres de raza negra demoró muchas décadas. La autora también muestra una frecuente diferencia entre la actitud masculina y femenina frente a la guerra y el militarismo, de manera que podría considerarse una tendencia más internacionalista y pacifista por parte de las mujeres. Finalmente, también se analizan diferentes órdenes de patriarcado –esencialmente privado y público–, basados en combinaciones diversas de estructuras como la producción doméstica, el empleo, el estado, la violencia, la sexualidad y la cultura.

El filósofo alemán Jürgen Habermas, en *The European Nation-state. Its Achievements and its Limits. On the Past and Future of Sovereignty and Citizenship*, resalta los efectos destructivos sobre el tejido social de la globalización de los mercados, creando subclases casi permanentes de aquellos excluidos de las sociedades del capitalismo tardío, proceso que los estados nacionales parecen no poder controlar. Como alternativa propone extender las innovaciones políticas de los siglos XIX y XX, la república democrática y social, a un nivel supranacional, el de las asociaciones regionales como la Unión Europea, y por otro lado, el de la cooperación internacional en temas como el medio ambiente, el clima, los derechos humanos, la exclusión social y la pobreza, aun cuando los efectos inmediatos sobre los gobiernos de las grandes potencias sea todavía limitado.

Michael Mann considera en *Nation-states in Europe and Other Countries: Diversifying, Developing, Not Dying* que siendo las funciones esenciales del estado moderno la de la defensa a través de su capacidad bélica, la de proveer comunicaciones e infraestructura para el militarismo y el capitalismo, de garantizar la democracia política y determinados derechos sociales, así como planificar la economía nacional, algunos de estos poderes se encuentran ahora reducidos en muchos países, en cambio en otros se encuentran en pleno crecimiento. Estos

procesos son sumamente desiguales en las distintas regiones del planeta, en consecuencia el autor analiza muy exhaustivamente el caso europeo, para después referirse a los otros dos miembros del triada -Japón y su periferia en el Pacífico, y EE.UU.- y finalmente a los estados del mundo menos desarrollado. Sin embargo, aun en el caso europeo, donde los estados nacionales efectivamente han resignado algunas atribuciones y otras se han diluido, es difícil para Mann aceptar la unificación hacia un estado único, eventualmente federal. Japón y EE.UU. siguen siendo estados-nación cohesionados. En cambio, los escenarios estatales en el resto del mundo son sumamente variados, en su mayoría todavía en una etapa de crear sociedades civiles y estados-nación propios.

Éstos son algunos de los debates que se plantean a partir de la lectura de esta antología, una herramienta indispensable para cualquier estudioso preocupado por los tan actuales problemas del nacionalismo, la xenofobia y la construcción y vigencia de los estados nacionales.

Roberto G. Fuld



CICLOS

incluye los sumarios de sus ediciones en la base de datos **Latbook** (libros y revistas)

Disponible en INTERNET
en la siguiente dirección:

<http://www.latbook.com>

